



LUZ DE MI SANGRE

POR

GENEROSO MEDINA

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DEL URUGUAY

ODA INDIA

I

*Esta es la hora cuarta.
Un soplo en la eternidad.
No puede ser representado
como la distancia a una estrella.
No hay años de luz.*

*No hay sol ni luna llena.
No hay planetas que lo sientan.
Marte está solo.
Es un ojo testigo del espacio.
Venus es una estatua
que alimenta con su leche
las tinieblas.
Crece con el viento de la madrugada.
Orión la mira.
Urano la desea, la precipita,
la padece, la quiere para sí.*

II

*Oigo mi antigua piel,
oh cobre, rostro mío.
Fuí el oscuro habitante de las aguas,
cuando la vida era una canoa,
una flecha, un arco,
una isla de tiernos sarandíes,
un crespo rubí de cardenales,
un fuego de ñandubay.
Vi el relámpago tenue de calandrias
en los ojos del viraró,
la miel que iba cayendo
de las venas del guayacán.*

*Mi piel oscura
ardió en el pez de los estíos,
en el salto amarillo del dorado,
en la plata lunar de surubíes.
Mi piel oscura,
herida en flor de ceibo,
como un rojo suspiro
de las siestas de mis ríos.*

*Yo anduve descalzo
en las quebradas,
mojando mis cabellos en la noche,
perdido en sombras,*

*encontrado en sombras,
nacido en sombras
y entre sombras muerto.*

*Hundi mi carne
en el costal del tala;
hice un hoyo de luz con las estrellas
y me encendí en los ríos de la muerte.
Yo amasé con mi sangre los espacios.
Nada escribí sobre la piedra,
sino que fué mi letra de la espuma.*

*Mi voz anduvo entre los vientos del Oeste.
Mi hosca soledad
se hundió en los montes.
Sólo la noche con párpados cerrados.
Aquí aprendí a pensar para la vida.
Aquí aprendí a pensar para la muerte.
Nada quedó de mí.
La flor sombría penetró en el tiempo,
en el espacio nada mío.*

*Sólo tuve canción para los bosques,
y entre las sierras
hundí mi pecho como un sol atlántico.
Fué una noche feliz.
Miré el océano.
Conmigo nació la primavera.
Conmigo y en mí se abrevaron los eneros.
Sólo el tiempo de ceniza y humo.
Sólo la muerte por mi sangre oscura.*

*Yo fui del puma
su testigo hermano.
Yo del reptil amé su encrespadura.
En mí cantó la tierra con sus fauces,
en mí la tierra se encendió
de asombro.*

*Sin saberlo,
América estaba en mi silencio puro.
América descalza,*

*en la penumbra de mis fuegos
también se tendía para amarme.
Sembré los ríos,
el espasmo vegetal del Amazonas,
la dulzura del Plata,
tras su marina máscara de sales.
Era la blanca contorsión del Ande.
Era mi primavera.*

*Penumbra y primavera de mis astros;
la ritual primavera del silencio.
¡La voz del ceibo por mi frente oscura!*

ELEGÍA DE MIS MUERTOS

*Apocalipsis, XXI, 4
y XXII, 2.*

I

*Esta es la hora quinta.
Ya oigo nacer el canto de mi sangre.
Viene pecho arriba,
tierra arriba,
creciendo en los huesos y en la carne,
como un aluvión que me desnuda a muerte.
Yo le oigo venir
como un clamor lejano,
desde los túneles del tiempo.
Aquí en mi piel están los números antiguos.
Aquí en mi piel están los ojos de mis muertos.
Sus ojos apagados
que cantan desde el polvo
por mi boca.*

*En mis pasos, sus pasos florecidos,
sus pasos perdidos en el tiempo;
su andar descalzos por la tierra dura,
verter el llanto sobre piedras negras,
huir a prisa por escarcha triste,
quebrar rocío*

*con el hambre a cuestras,
secar las rosas
con el vientre hundido.*

II

*¡Todos están en mí!
Yo siento a los que antes fueron
por mí y en mí la desventura.
Si yo hundí mis palabras
en el tiempo.
Si yo canté en sus bocas congeladas.
Si mi pulso es la antena de sus pulsos.*

*¡Vienen a mí!
Son todos los seres de mi sangre.
Son mis humildes muertos.
Los abandonados
en luto de cuchillas.
Los que a la guerra fueron
a empapar la carne en la divisa,
sembrando sus huesos por la tierra.*

*¡Los oigo venir!
Preguntan por mi vocabulario,
por la dirección de mi casa,
por el alma y rigor de mi poesía.*

*Aquí están todos.
Están los tristes
que sobre la piel del cielo
escupieron el llanto de la entraña.
Los que de la letra el alma no supieron.*

III

*Os nombro.
Os reconozco.
A ti, muchacho oscuro,*

*con tu carga de leña por el pueblo.
A ti, mujer de los silencios,
que comiste tu pan de servidumbre.
A ti, abuelo, que tu vejez erguiste
con un puñal caído del lucero.
A ti, caudillo,
que no le hiciste cabriolas a la muerte.
Tu nacer fué morir
traspasado de lanzas y heroísmo.*

*A ti, padre.
Y octubre diecisiete,
cuando quedaron solos tus caballos,
sin tu mirar de jinete agradecido,
perdidos ya tus símbolos agrarios.
A ti, Francisco,
con tus paisajes quebrados
en la mitad del sueño.*

*Os veo a todos,
sentados a la mesa sin pan,
en un día de pájaros y aromas,
junto al parral transido de ceguera.
Veo a todos, descalzos, hambrientos,
tiritando,
sintiendo la tierra
con los pies heridos.
Sólo vivir la espera
y el gemido.
Sólo el tiempo
sobre el pecho mudo.*

*Están como una espuma en mis torrentes.
Están en mis tejidos,
como espejo de todos
los que por mí llegaron y se fueron.*

*A ellos canto.
Entro en los recintos de sus hiedras.
Y los despierto con un "levántate y anda".
Los palpo con mi voz y mi cayado,*

*les pronuncio palabras al oído.
¡Venid a mí, todos, míos!
Los que padecisteis
hambre de justicia.
Los que entrasteis desnudos
en la muerte
porque el negro jinete
os esperaba.*

*Venid a mí, oh seres míos,
desde la piedra que la luz no toca.
Venid a mí,
los que llorasteis un llanto
para las oscuras larvas del olvido.
Los que comisteis
un mendrugo con usura.
Los que tomasteis agua
sin la voz del cielo.
Los que plantasteis trigo
y creció espina;
los que amasasteis el pan
y os fué de acibar.*

IV

*¡Venid a mí, oh seres míos!
Por el río despierto
de este mirar rasgando las tinieblas,
de este oír la cortina de los templos,
que os saca del silencio
y os incorpora al estallido
de mi luz derramada
por un extraño que vino de repente.*

*Tal vez vosotros,
oh seres míos,
las pisadas seguís
del caballo amarillo.
Os aguarda la mujer de sol por nombre propio.
Usa llanto y gemido,
la luna a sus pies,
y la frente por doce estrellas coronada.*

*Ella os indica la ciudad de oro:
tres puertas al oriente,
tres al mediodía,
tres al norte
y tres hacia el poniente.
Oh entradas de amatistas y berilos,
umbrales de sardónica y topacio,
dinteles de záfiro y esmeraldas,
muros de jacinto y calcedonia,
fundamentos de jaspe y crisopraso
y al final doce perlas transparentes.*

*¿Y qué del mar de vidrio
y limpio río?
¿Qué del árbol blanco de los justos?
¿Qué del coro donde está mi nombre?
¿Qué del león iracundo con sus siete sellos,
zarpa de amor y séptimo en el trueno?*

*Dadme noticias:
“Y comerán del árbol de la vida
y sus doce frutos.”
¿Qué de las blancas vestiduras?
“Y no habrá más lágrimas
porque limpiará las lágrimas
de los ojos de ellos,
y la muerte no será más.”
“Y no habrá más noche.”
“Y no habrá más llanto
ni clamor, ni dolor,
porque las primeras cosas
son pasadas.”
Cuatro caballos
se desbocan con vosotros
hacia la oscura puerta de los siglos.*

V

*¡Venid a mí!
Vestid vuestro esqueleto
Con hojas y luceros,*

*y pájaros y trigos
y ríos de frescura.
Poneos vuestro lujo
de tiendas silenciosas.
Alzad las manos blancas
de hundirse en tanto sueño.
Alzad la frente blanca
creciendo en tanta nieve.*

*Poned en mi cintura
Vuestro puñal de asombro.
Saciadle a este minuto
la sed de sus preguntas.
Oídme, todos, míos,
la voz, carnal ventura
de estar junto a vosotros,
hablando desde el tiempo,
tendiendo un lino nuevo
para los panes tristes.
Ya beso vuestras manos
con este tiempo mío.
Ya toco vuestros rostros
con el poema ardiendo
y llamo por el nombre
al que me siente suyo.*

ÉGLOGA DEL NIÑO

I

*En mi garganta residisteis.
Miradme ahora que me encuentro niño,
calle Solís y once treinta y siete.
Era la choza que del barro hicisteis,
con un pajar de sangre
y con horcones
que son vuestro esqueleto numeroso.
Miradme ahora,
los que fuisteis a la muerte solitarios,
naufregando entre las viejas aguas.*

*Miradme ahora desde vuestro sitio,
andar a tientas por los campos míos.
Tengo una golondrina azul
sobre los ojos.
De mi corazón van cayendo las estrellas
que irisan los intactos surcos
de mis primeras tardes con gorriones.
Ved mis mañanas con manos jubilosas
quebrando ojos de escarchas en las tinajas,
pisando a solas la crujiente helada,
rogando al sol por la caricia tibia,
si enemigas las nubes,
ponían en mi carne
con su fría camisa el desconsuelo.*

II

*Anduve triste como un niño solo
que apenas muerde
el fruto que le toca.
Del viento yo entendí su resonancia,
su lento idioma por el pecho mío,
las tardes hondas como un pozo duro
donde caían los higos sollozando
letras de azúcar
y óvalos de sangre.
Voy a cantar el tiempo de los duendes.
Voy a decir ahora cómo anduve.*

III

*Las noches de las ranas me vestían
con caricias de agua y de misterio,
y en mi prisión de paja
me arrullaban
para oírme a la vez, secretamente.*

IV

*¡Ay de las tardes largas junto al río!
Como un ciempiés azul eran los trenes,
mientras tendido entre los pastizales*

*cruzaba el mundo por mi pecho herido,
abierto en blanco y por amor tocado.*

V

*Y aquel poniente de oro entristecido,
pulmón de manzanilla y hierbabuena,
con humos de chozas fulgurantes
y amigos que se iban dispersando,
entre rojas neblinas del crepúsculo
y aleteos de hornero enamorado.*

VI

*Aquellas tardes
donde por mí lloraba
el cardo azul con sus mejillas secas.
Y una majada sin pastor ni día
su luz nevaba hacia los cielos míos.*

VII

*Y el aullido del viento
en las ventanas
trayéndome nocturnos habitantes,
negro caudillo de las aves negras,
roce de alas y señal de lutos.*

VIII

*Testigos de las horas
siempre mías:
aquel cañaveral entre los vientos,
la humilde higuera
que sangraba estío,
y aquel jardín con ojos padeciendo
las siestas amarillas del ciruelo,
la vigilia de blancos crisantemos
o una doncellez de madre selvas.*

IX

*Qué de las noches persiguiendo grillos,
tutela musical de los jardines.
En caminos de risas y malvones,
qué enorme grillo el corazón oculto
contando su hechizo a las estrellas.
De los oscuros ríos de la noche
desprendí pedrerías de luciérnagas
para esconderlas en pequeñas manos,
joyas de Dios tras los cristales niños.
Corazón entre ráfagas de octubre,
mis cometas felices.
Corazón en un hilo sin ovillo
volando hacia tu cielo siempre vivo.*

X

*Lluvia con lluvia
por mis calles eran,
manzana el rostro de la luz nacido.
Descalzo andaba entre los charcos tibios,
marino experto en carabelas blancas,
buscando ranas para apresurarlas:
salto más alto
y corazón mojado.
Era soñar con el morir lloviendo,
fiesta del cielo en mi rincón alado.
Sobre el cinc,
era la lluvia mi tonada.
Era dormir ya en pena si al regreso
de aquella lluvia y sueño al pecho mío,
tendido amanecía, mudo el cielo.
¡Qué tristes las goteras en los baldes!
Música que del techo iba redonda
para caer al corazón del niño,
como a una fuente donde le crecía
la eterna magia y el primer hechizo.
¡Qué misterio del cielo
con granizos*

*cuando golpeaba el rigor de mis ventanas!
En el patio, era entonces mi pobreza blanca,
era entonces mi soñar granado
por fríos caramelos de la altura.
Después el viejo sol.
Pasó la lluvia por la calle larga.
Goteaba el sauce de mi quinta en sueños.
Se fué sin alas mi palmera muerta
y bajo un cielo de hormigas voladoras,
quedó del niño el corazón temblando.*

XI

*También en cepas de colgados vinos
olí el frescor de la paloma al viento.
Allí la virgen de mantel dorado,
entre banderas de borraja y menta,
soltó sus golondrinas temerosas
sobre la piel en flor de mis manzanos.
Y en las tímidas frases del naranjo,
aliento y aguijón de los azahares,
cayó el rubor por alhelí besado,
entre mirlos de asombro y tercería.*

XII

*Después el campo con su poncho verde,
poniéndome sus párpados de brizna
y su divisa azul
de toro y cielo.
Era el ganado en mi sonriente sombra,
mancha de luz,
gotas de noche y soledad mugiendo.*

XIII

*Allí la tierra al sol de mis eneros
con el ombú ritual, patriarca solo.
Vivi el afán del hornero vigilando*

*sobre una arquitectura de esmeraldas.
Río de olores en el surco abierto,
dulce lenguaje de los macachines,
fragor de abejas, néctar de combate,
novia de luz con la cintura blanca,
redonda y suave por los trigos míos.
Eran las siestas del gorrión sin libro,
furtivas ratoneras, miel volando,
hebras de azul sobre los techos rojos
y una cierta pasión de toronjiles.
Allí mi eucaristía de corderos
y la brasa solar de los churrinches.*

XIV

*Pescador de los ríos y lagunas,
dialogué con sus garzas y calandrias.
Dormí en penumbras ebrias,
aguas cantando.
Era un soñar de oscuras tarariras
entre brazos de rubios sarandíes.
Barro y arena que mi piel tocaba,
pies que aprendían a vivir soñando,
pitangas del verano entre mis labios.
Mi boca era de licor y tierra.*

XV

*Allí diciembre
y su celeste niño,
doblado sol del girasol dormido.
Feliz andar sobre la tierra mía
hijo de aromas y ciruelos blancos.
A la sombra de los paraísos,
mi pecho era de sabiá llamando
sobre verdes cordajes florecidos.*

XVI

*Besé una joven de azúcar, la sandía,
corazón de los líquidos rubíes
que en las tardes sedientas se entregaba.*

*Mordí el durazno
y su panal colmado
por nectarino sol de terciopelo.
Vestí el olor de los maizales míos,
barbas de niño y su verdor temprano.
Áurea y barbada tu sonrisa era,
oh rey de labrantíos en verano.*

XVII

*Allí un estruendo de lomos y relinchos
maduraba la tierra por los potros,
potros blancos de leche,
potros tintos de noche.
Vientos les suben por las ancas duras.
Llamas les caen desde los ojos verdes.*

XVIII

*Oh mi niñez de milenario cielo,
costumbre azul donde me estoy oyendo.
Magia del pecho, paraíso mío,
cristal la rosa que no vive aprisa.
Guitarra fresca con frescor de copa,
tierra feliz para morir soñando.*

TIEMPO DE AMAR

I

*Esta es la hora sexta.
La hora del amor.
El instante del mundo que late primaveras.
La sed de mis gargantas en verano.
Recupero mi voz.
La oigo de nuevo estallar
como un címbalo de fuego,
sobre la dimensión del mundo.*

*El pan solar está saliendo de mis huesos,
andando por mis vértebras crecidas,
llevándolo todo.*

*Es el huracán que se avecina
con la vida y la muerte.*

*Aquí cantarán los equinoccios
las mareas del tiempo
en que me reconozco.*

*¡Vuelvo a padecerme, a recrearme,
a redimirme!*

Tomo otra vez mi voz.

La recupero única y nutricia.

*Es el abismo que habla
y me dice: "¡Dilúyete!"*

*¡Es la voz del tiempo
que va a decírmelo todo!*

II

*Yo no soy yo
cuando canto la hora del amor.*

¿Quién lleva mi mano?

¿Quién la estremece?

¿Quién está aquí surcándome la frente?

¿Quién me dicta la canción de los mundos?

Yo le soy fiel.

Le sigo.

Le oigo.

Le creo.

Aquí está Él.

El misterio de la creación.

La sangre del poema.

El dedo que mueve las órbitas celestes.

El dedo que se moja en los mares de la luna.

¿Quién pone este sabor en mi boca?

¿Quién anda en mi sangre padeciendo?

¿Quién me nutre?

*¿Quién me acerca al borde de los abismos
para mirarme en el misterio?*

Leo los abismos.

Descubro mi voz.

*La encrespo.
Me descifro.
Me alumbro.
Esta es la hora del vino,
del vino que corre
por las vísceras de la tierra.
Vivo el instante de las selvas,
de los frutos,
el nacimiento del hombre.*

III

*Amor que tienes ahora
forma de mujer,
grito de mujer.
Ahora que vienes vestida con tu gloria,
con tu matriz del mundo,
abierta como la tierra.
Que vienes con tu abrazo de eternidad,
con tu clamor de sangre por los muslos.
Ahora que tiemblas
como la mar antigua,
ahora que te tiendes y me nombras,
reconociéndome.
Recién me reconoces.
Te has rendido al engaño.
A mi engaño, que es la verdad.
Verdad única.
Verdad del mundo.
Verdad del árbol y la espiga.*

IV

*Yo llegué a ti
como un tigre con alma y con palabras.
Yo llegué a ti como un viento inocente
que te cercaba,
acariciándote suavemente.
Yo llegué a ti como una luz de niño*

*que balbuceaba tu nombre.
Yo llegué a ti como una música
que nadie había escuchado.*

*Corri a tu encuentro
como un jugo diestro
que sabía las hojas de tu cuerpo.
En tus ojos oí la pregunta del Universo.
Vi cómo brotaban alas de tus miedos.
Vi cómo tus gacelas se perdían
amparándose en los bosques.
Pero yo te canté mi salmo de los abismos.
Te mostré mis manos
y en sus líneas leíste
el mensaje que para ti enviaban
los ríos de la eternidad.*

*Y fuiste mía.
En ese instante se estremeció la tierra.
Y un cielo huracanado,
con relámpagos de púrpura
inauguró nuestro misterio.*

Generoso Medina.
Cea Bermúdez, 13.
MADRID.

